

“CUANDO UNO VIENE DE TAN ABAJO COMO YO, NO LE TIENE MIEDO AL FRACASO.”

Alberto Presser

Los orígenes

Nací el 28 de abril de 1979 en Esperanza, hijo de Francisco Vicente Presser y Nélica María Maffesoni. La familia de mi padre era de origen alemán. La de mi madre, italiano. somos cuatro hijos: Jorge Luis, Víctor Miguel, Carlos y yo.

Mis primeros años transcurrieron en el campo donde trabajaba mi padre. Desde muy chico lo veía trabajar duro, mientras yo jugaba bajo un pino con un tractor de madera y unos carozos de durazno que hacían de vacas. Ese chico se formó con una cultura de trabajo.

A los siete años, me mudé a la casa de un tío en Esperanza porque donde vivíamos no había escuela. Tiempo después, mis padres también se mudaron a Esperanza.





Mi padre consiguió un trabajo en la metalúrgica Gonella. De aquella época recuerdo el olor de los fierros.

Como en casa hacía falta dinero, a los once años conseguí mi primer trabajo en una fábrica de sillas. Trabajaba medio día ayudando en lo que fuera y cebando mate.

Era una infancia diferente a la de hoy. Queríamos tener nuestro propio dinero. Además, veíamos a nuestros padres progresar a través del trabajo.

A los dieciséis años, conseguí un puesto como soldador en Aruba, la empresa más importante de la zona, que fabricaba sillas y reposeras de caño. Trabajé tres años y aprendí el oficio.

Pasé por algunas otras metalúrgicas hasta que entré en la fábrica Yeruvá. Durante diez años, hice mantenimiento de los equipos, rodeado de gente con ganas de enseñarme.



Los comienzos industriales

En el '96, mientras trabajaba en Yeruvá, empecé a hacer algunos trabajos fuera de hora en el taller que instalé en el garaje de la casa de mi madre.

En ese pequeño tallercito de seis metros por cuatro, reparaba bisagras de puertas, hacía aberturas de chapa, rejas y lo que me pidieran. Trabajaba sábados, domingos y feriados, con el apoyo incondicional de mi esposa Paola.

Con el tiempo, nos mudamos a un nuevo espacio de diez metros por trece.

El primero de mayo de 2007, dejé Yeruvá para dedicarme por completo a mi propia historia industrial.

Cuando empecé a crecer y recibir mayores pedidos, le pedí a mi hermano Jorge que me acompañara. Él también trabajaba en Yeruvá. Igual que lo había hecho yo, renunció y se sumó al desafío.

Con el tiempo, se incorporaron mis hermanos Víctor y Carlos.

Fuimos ampliando el taller según surgía la necesidad. Pero llegó un punto en que los cuatro hermanos no dábamos abasto. Así que tomamos empleados. Luego remodelamos el galpón y colocamos un puente grúa.

También ampliamos el portón para sacar los equipos de mayor magnitud. Y así fuimos armando la fábrica para tener mayor comodidad y brindar un mejor servicio.

MetalPre, hoy

Trabajamos en un taller propio de 470 m², en la esquina de Alberdi y Terragni, en Esperanza.

Nuestra principal actividad ahora es el montaje industrial. Nos especializamos en cañerías sometidas a presión, acueductos, cañerías inoxidable y soldaduras sanitarias para procesos alimenticios.

Fabricamos en nuestro taller y luego instalamos en la planta del cliente. No hacemos obra civil, sólo nos especializamos en el montaje.

Tenemos clientes de primer nivel como Milkaut y Corlasa, entre otros. Son grandes empresas que apostaron por nosotros y quedaron satisfechas. Un cliente satisfecho trae a muchos más.

Ellos dan referencias de cuáles son nuestras fortalezas y nuestras debilidades: qué podemos y qué no podemos hacer, cuáles son nuestras limitaciones y cuáles son nuestros mayores logros. Nuestros clientes son nuestra mejor fuerza de ventas.

Mis hermanos trabajan conmigo, además de otros cuatro empleados que nos ayudan. Aunque yo soy el dueño, trabajamos codo a codo. No es que estoy en la oficina dando órdenes. Si pido algo, es porque yo también lo hago.

A mis operarios nunca les pido lo que yo no hago. Si tenemos que trabajar catorce horas por día para cumplir con un pedido, lo hacemos.

Tenemos muchos proyectos, como mudarnos al Parque Industrial de Esperanza y comenzar a fabricar tanques de acero. Pero es difícil proyectar a treinta años y conseguir financiamiento para concretar los planes de crecimiento.

Más allá de los problemas, nos levantamos todos los días y damos las gracias a Dios de que tenemos trabajo y un oficio, además de clientes que confían en nosotros.



Gremialismo empresario

Además de mi actividad empresarial, soy vocal de la cámara metalúrgica. A veces, no tengo tiempo de participar, pero es importante formar parte.

Nos permite reunirnos con los colegas y compartir nuestras inquietudes comunes.

Además, la cámara nos brinda acceso a entidades políticas donde podemos comunicar nuestras opiniones y necesidades. Nuestras ideas son mucho más influyentes cuando las transmitimos como grupo, y no individualmente. Tienen el peso de lo colectivo.

También tenemos una colaboración continua con ADIMRA y el proyecto industrial que impulsa a nivel nacional.

Los grandes problemas de la empresa están vinculados con el contexto del país. Es difícil conseguir un crédito para proyectarse hacia el futuro. Apostar por la producción no es rentable. El que produce tiene que enfrentar cargas muy altas.



El país está pagando las consecuencias de años de no apostar al trabajo. Años de apostar a planes que no fomentan el esfuerzo.

Yo me crié viendo a mi padre trabajar. Eso fue lo que aprendí. El chico que se crió viendo a su padre desempleado o recibiendo dinero sin trabajar, probablemente adquirió otra cultura.

En casa siempre rigió un lema: “Sin sacrificio no hay beneficio”. Si uno no se esfuerza, los objetivos no se cumplen. Y el que llega sin esfuerzo, no sabe aprovechar ni valorar.

El futuro

Con Paola, mi esposa, nos conocimos a los quince años. Nos casamos a los veinticuatro y tenemos dos hijos: Alberto Francisco, de quince, y Joaquín, de nueve. Son los mimados de la abuela y de los tíos.

Cuando no trabajo, salgo a andar en bicicleta con los chicos. Soy cristiano evangélico y colaboro en la iglesia todos los viernes por la tarde. Allí hay unos sesenta chicos que están en condiciones muy parecidas a las que yo me encontraba cuando empecé. Es un gozo enorme poder compartir actividades con ellos.

Empezar a ir a la iglesia me cambió mucho. Antes era más frío y calculador. Ahora siento que soy más humano. Me volví mucho más paciente y tengo una vida más sana.

Si queremos crecer, tenemos que apostar por nuestro país, que es maravilloso. Levantarnos todos los días, esforzarnos, proyectarnos, y pensar cómo va a ser nuestro futuro.

Cuando uno viene de tan abajo como yo, no le tiene miedo al fracaso. Lo peor que puede pasar es volver a donde estaba, al punto de inicio. Y tal vez ni siquiera eso sea ir hacia atrás, sino tomar fuerzas para saltar hacia delante, porque vamos a tener un montón de experiencias de las que antes carecíamos.

Esta es mi historia, la de un hombre que empezó muy de abajo y que pudo crecer gracias al apoyo de su esposa, sus hermanos y la ayuda de Dios.

La familia siempre apoyó. Tal vez a eso podamos llamarlo éxito: que el taller crezca, y que estemos fortalecidos y estables como familia. Al fin y al cabo, de poco sirve tener una gran empresa y grandes logros si uno no tiene una familia con quien compartirlo.